

**¿EL PODER DE LOS LÍMITES O LOS LÍMITES DEL PODER? REFLEXIONES
SOBRE LAS FRONTERAS DEL MUNDO ROMANO (*)**

**THE POWER OF THE LIMITS OR THE LIMITS OF THE POWER? REFLECTIONS
ABOUT THE "FRONTIERS" OF THE ROMAN WORLD.**

Francisco Javier GUZMÁN ARMARIO

**Área de Historia Antigua. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz. C/ Avda.
Gómez Ulla, s.n. 11003. Cádiz. Correo electrónico: javier.guzman@uca.es**

Para mi buen amigo, el poeta ALFONSO GARCÍA DE
GÓNGORA:

que siempre parecerá mucho más joven que yo.

“¿En qué medida son fiables nuestras fuentes y cómo
hemos de vémoslas con ellas?” (Alföldy, 1983: 42).

Resumen.

La visión de los *limites* del Imperio Romano fue construida por los escritores clásicos (autores cercanos al poder imperial) a partir de un concepto defensivo y contra una amenaza externa: los turbulentos bárbaros. Hoy en día, algunos investigadores han demostrado que la frontera norte del Estado Romano no era una barrera para repeler a los enemigos extranjeros, sino un instrumento efectivo para controlar las provincias romanas. A fin de mantener esta hipótesis, así como también para conocer adecuadamente el mundo fronterizo y las relaciones entre Roma y el *Barbaricum*, deberíamos proceder a la correcta interpretación de los documentos arqueológicos, extraídos, principalmente, de contextos de guerra, desarrollo urbano, comercio y aculturación.

Palabras Clave: Arqueología, *limites*, *Barbaricum*, Imperio Romano, fortificaciones, subsidios, comercio, aculturación, propaganda, usurpación.

(*) Fecha de recepción del artículo: 30- noviembre-2001. Fecha de aceptación: 15-diciembre-2001.

Abstract.

The vision of the *limites* of the Roman Empire was built by Classical writers (authors close to imperial power) starting on a defensive concept against an external threat: the turbulent barbarians. Nowadays, some scholars have demonstrated that the northern frontier of the Roman State was not a barrier to repulse foreign enemies, but an effective instrument to control the Roman provinces. In order to sustain this hypothesis, as well as to know adequately the border world and the relationships between Rome and *Barbaricum*, we should proceed to the correct interpretation of the archaeological documents, extracted, mainly, from war contexts, urban development, trade and acculturation.

Key Words: Archaeology, *limites*, *Barbaricum*, Roman Empire, fortifications, subsidies, trade, acculturation, propaganda, usurpation.

Sumario:

1. ¿El poder de los límites o los límites del poder? Un caso para el estudio de las fuentes y el conocimiento del mundo romano. 2. Bibliografía. 3. Relación de fuentes clásicas citadas. 4. Notas. 5. Gráfico.

1. ¿El poder de los límites o los límites del poder? Un caso para el estudio de las fuentes y el conocimiento del mundo romano.

El historiador del mundo romano, cuando realiza su trabajo, se encuentra con dos problemas que, por otra parte, pueden aplicarse al caso del investigador de otras épocas de la Historia: la distancia en el tiempo de su objeto de estudio –lo que implica también un número de vestigios y noticias necesariamente limitado- y la falta de consenso erudito a la hora de unificar criterios, sobre todo metodológicos. Naturalmente, se da por hecho que su esfuerzo busca, en último término, la conexión de los lejanos siglos del mundo clásico con el presente, para así dar sentido a su papel social de historiador. En otra dirección no se caería sino en la falacia que defendieron “prestigiosos” intelectuales como M. Weber al afirmar que “*poco o nada podemos aprender en la Historia de la Antigüedad que sirva para los problemas sociales de hoy. Un propietario de nuestros días y un esclavo antiguo no se entenderían mejor que un europeo y un chino*” (Weber, 1976: 37). Esta máxima, que pretende ser lapidaria, no tuvo en cuenta algo que admiten en la actualidad, de forma unánime, todas las tendencias historiográficas mínimamente coherentes: los procesos históricos de cambio, es decir, que el hoy se explica siempre por un

desarrollo objetivo del ayer. Lo contrario no es Historia, sino puro coleccionismo de postales, de imágenes estáticas, por el gusto de contemplarlas.

Así, el Historiador, con mayúscula, del mundo romano intentará por todos los medios extraer alguna consecuencia del pasado que pueda aplicar al presente, procurando cumplir un principio que enunciaba uno de los grandes conocedores de la Roma antigua, A. Momigliano, en un curioso y atinado artículo: *“La competenza dello storico si riconosce da ciò che egli non dà per certo quello che è dubbio e non generalizza il caso isolato”* (Momigliano, 1980: 16). Para lograr esto, nuestro investigador ha de reunir la máxima información de los tiempos pretéritos para formular conclusiones y, en la medida de lo posible, enunciados generales. Entonces correrá el riesgo de caer en uno de los vicios más generalizados que existen en la Historia Antigua: buscar los datos útiles, en exclusiva, en las obras literarias clásicas. De lo contrario, suele pensarse, no sería un historiador del mundo romano.

Sin embargo, la preciosa literatura antigua no es la única fuente de información para acercarse a esta época y, en ocasiones, ni siquiera resulta la más fiable. Como bien ha expresado un buen conocedor de la misma, I. Lana, *“il significato preminente della letteratura (non l'unico!) viene visto non nella letterarietà degli scritti, ma nel patrimonio di valori che ci è stato consegnato da una storicamente determinata concezione della vita realizzatasi in una determinate civiltà”* (Lana, 1990: 7). No obstante, tales valores, al menos para tiempos romanos, son los propios de unos grupos sociales minoritarios, las élites, que por otra parte ostentan el monopolio de la educación y de la cultura y, en consecuencia, nos transmiten la visión de una cara de la moneda: la de los poderosos¹. Además, su radio de acción resulta más bien limitado al espacio físico de los focos del poder². Así, cuando escudriñamos los registros literarios antiguos, necesariamente debemos *“preguntar al texto no qué dice sino qué oculta e incluso qué pretende decir u ocultar”* (Bravo, 1985: 30). La realidad escondida, en ese sentido, la de la mayor parte de la población, ha de llegarnos a través de: a) Exclusiones y deducciones de tales testimonios tan parciales; b) Vestigios materiales que, por lo general, exponen bien a las claras cómo era la vida de la masa. La solución lógica para tal problema consiste, pues, en tratar de conjugar los datos literarios con los arqueológicos en aras de lograr una mayor definición de los resultados. En la actualidad, sin embargo, dicho propósito se encuentra lejos de conseguirse. La literatura sigue manteniendo, entre los historiadores de Roma, una preeminencia indiscutible. Y, en un número escandaloso de casos, cuando se echa mano de la Arqueología es simplemente como complemento a las fuentes escritas (Alföldy, 1983: 45), como disciplina auxiliar y secundaria, sin peso específico propio.

El objeto del presente artículo es un período tan delicado, por controvertido, como es el de la tardoromanidad, y en un espacio muy determinado, el del universo fronterizo del Imperio Romano y de las relaciones entre romanos y bárbaros durante estos siglos. Damos por supuesto (¡Quién quiera discutirlo que abra un periódico o vea las noticias en televisión!) que se trata de

un tema de rabiosa actualidad, del cual podemos aprehender enseñanzas que nos ayuden a comprender mejor la misma dimensión en el presente. Por ello, necesitamos empaparnos de información fidedigna, dado que, como veremos a continuación, el tema aparece inscrito en una suerte de neblina que no siempre ofrece una perspectiva completa de la cuestión. Entonces nos topamos con el primer gran obstáculo: cuando alguien afirma que ni la Arqueología ni otras disciplinas de la Prehistoria nos ofrecen los recursos necesarios para satisfacer nuestra curiosidad sobre los bárbaros. Tan contundente aseveración no sorprendería tanto si no la hubiera formulado el historiador que, desde principios de los ochenta del siglo XX, viene revolucionando con sus teorías el conocimiento de las relaciones entre Roma y las *externae gentes* durante los siglos IV a VI: W. Goffart (Goffart, 1980: 28).

Después de todo, no debemos sorprendernos demasiado ante tamaño disparate. Aún hoy se considera como libro de culto, en la erudición de la Antigüedad Tardía, la monumental obra de A.H.M. Jones (1964): trabajo titánico que, para algunos, ha resistido el paso del tiempo. Su mayor mérito consistió en la exhaustiva comparación de las circunstancias que operan en los ámbitos oriental y occidental del Imperio a la hora de explicar la debilidad del segundo (Fernández Ubiña, 1982: 69-70). No vamos a negar esto. Sin embargo, de todos es conocido que adolece de una carencia importante: apenas utiliza la información arqueológica (Cameron, 1998: 19). Afortunadamente, algunos estudios relativamente recientes sobre el mundo de las fronteras tardoantiguas han incorporado los últimos descubrimientos de la Arqueología al entramado histórico levantado sobre los datos literarios. Algo es algo. Podemos citar un par de ejemplos al respecto. El libro de A.D. Lee (1993), que aquí consideramos un ensayo fundamental, nos abre un amplio abanico de posibilidades de contemplar las relaciones entre el Imperio y sus pueblos vecinos: sobre todo las que existieron entre Roma y la Persia Sasánida, estudiadas desde la perspectiva del conocimiento que ambos Estados poseían del contrario y, particularmente, del que Roma tenía de sus vecinos. Obra densa, repleta de datos, que combina con destreza Arqueología y fuentes clásicas, así como interesantes nociones de paleogeografía, se interna en temas tan delicados como los instrumentos de relación política entre el Imperio y sus vecinos (sobre todo la diplomacia), somete al tamiz de la crítica la visión de los autores clásicos y se interroga sobre temas como las funciones prácticas de las fronteras, la geografía antigua, el grado de desarrollo de los enemigos de Roma o la aceptación del bárbaro en la civilización latina. Nos quedamos sin calificativos a la hora de elogiar tal labor de síntesis³. Pero, sin duda, más determinante es la contribución de C.R. Whittaker (1994), la monografía reciente de carácter general más completa y novedosa sobre las fronteras romanas. Sus ideas básicas son las siguientes:

- 1) No hubo “Völkerwanderung”, sino lenta infiltración, y pacífica, en la mayor parte de los casos.

- 2) Las “fronteras” romanas no fueron concebidas como barreras lineales frente a un enemigo externo, sino como límites administrativos y líneas de aprovisionamiento y comunicación.
- 3) Tales posibilidades de comunicación iban encaminadas más hacia el control del interior que del exterior
- 4) No existió una política defensiva unificada del Imperio: la defensa se llevó a cabo de forma regional
- 5) Asimismo, el poder romano no se ciñó a los límites “oficiales” de las fronteras.
- 6) La fragmentación del mundo bárbaro imposibilitaba una amenaza externa para el Imperio.
- 7) Hubo más acercamiento (y fusión, sobre todo en la zona de frontera) entre romanos y bárbaros de lo que se ha creído.

También dicha contribución anglosajona se construye desde una evidencia material, ineludible ésta si se trata de estudiar la periferia de la civilización romana: especialmente cuando hablamos de una fase histórica caracterizada por las intensas transformaciones en todos los campos de la vida. Porque ocurre en este tipo de situaciones que “*la valoración que se haga de las novedades en las secuencias arqueológicas resulta definitiva para una correcta interpretación de los mecanismos de cambio*” (Alvar, 1990: 14-15). Pues a veces se nos olvida que cuando hablamos de romanos y bárbaros en la frontera nos referimos a personas que plasmaron sus huellas a su paso por la Historia. Los primeros dejaron un rastro escrito y otra material. Los bárbaros, el elemento marginal en todo este relato, sólo dejaron lo segundo como testimonio de su participación en los hechos. Un testimonio que, dada la relevancia que se le viene otorgando a los autores clásicos, se convierte en muchos casos en una duda razonable. Téngase en cuenta que “*la literatura de la Antigüedad Tardía imponía unas categorías fijas de pensamiento, y en particular imposibilitaba una percepción realista de las relaciones mantenidas con los pueblos bárbaros, a los que por definición se atribuía una absoluta falta de cultura*” (Cameron, 1998, 150).

No obstante, es esa duda razonable la que nos ha ofrecido un conocimiento más preciso de aquellas *nationes* que, si nos fiamos de la literatura tardoantigua, se constituyeron en la gran amenaza para el orden civilizado (*vid.* Luiselli, 1984-1985). Gracias a la Arqueología hoy podemos defender que el Estado romano tardío renunció a una política expansionista, o al menos esto no se consiguió en modo alguno⁴. Pero además, cuando observamos los restos de las construcciones teóricamente defensivas del *limes* norteño, nos percatamos de que los muros, cuando existen, poseen más connotaciones de defensa frente a rivales políticos internos que de frontera de un Imperio frente a un *Barbaricum* poderoso (Whittaker, 1994;197). La “política defensiva” del período tardorromano se caracterizó, más bien, por su elevado grado de

fragmentación respecto al Principado, así como por la disminución de los contingentes que permanecen en los fuertes fronterizos (MacMullen, 1984, 575). Frente a las incursiones bárbaras, y excluyendo algunos casos aislados en puntos notablemente estratégicos, los fortines tardoantiguos sólo podían afrontar a grupos pequeños de “invasores”⁵. A la luz de estos datos, las autoridades romanas, pues, nunca esperaron una avalancha de hordas extraliminales dispuestas a inundar el Imperio con su peso numérico. La idea de una inundación bárbara del Estado romano no supone más que un tópico retórico de la literatura oficial (*vid.* Dubois, 1912). En ciertos casos (reinados de Constancio II, Juliano) la actividad fortificadora se centró más en reparar las existentes que en construir nuevas (Johnson, 1983: 257). Además, las edificaciones militares en el Rin no se diseñaron para albergar a una fuerza defensiva propiamente dicha: en realidad no suponen más que puestos de observación guarnecidos, valiosos puntos de control que actúan como útiles trampolines desde los que los emperadores se lanzan a guerras contra el bárbaro, ganadas de antemano, para obtener prestigio militar frente a los élites sociales que, en un momento dado, pueden desafiar su poder o cuestionar su preeminencia política. Éstas son las ideas que vienen pregonando autores tan sólidos como J.F. Drinkwater (1996; 1998; 1999), las cuales resumimos a continuación:

- 1) La guerra de frontera no sólo aporta recursos para el Estado, sino también gloriosos títulos para el emperador (Tac., *Ann.*, I, 31; 68), vitales para su permanencia en el trono. Algunas operaciones bélicas imperiales no fueron más allá de meras exhibiciones de poder para impresionar a los dignatarios civiles que, normalmente, acompañaban al emperador en sus campañas; parte de los cuales regresarían a Roma para difundir las “victorias” del gobernante entre los círculos senatoriales. No existió, pues, un nuevo sistema racional de defensa fronteriza en la Antigüedad Tardía.
- 2) Para lo anterior, la región adecuada era la del Rin (lugar que, además, se hallaba más lejos de Roma y peor comunicado con la *Urbs*, con lo que se facilitaba la llegada a ésta de las noticias manipuladas de supuestas gestas bélicas).
- 3) La amenaza germana no sólo sirve para justificar la presencia en el trono de tal o cual emperador, sino también da una razón de ser al sistema tributario imperial.
- 4) También da sentido a las élites locales y a toda una pléyade de oficiales, civiles y militares, cuyas carreras dependían de la existencia de un gran ejército activo en Occidente.
- 5) La guerra contra el bárbaro posibilita mantener al ejército en funcionamiento para que no se anquilese y, llegado el momento, pueda actuar cuando sea necesario en problemas de orden interno; además puede justificar que un gobernante se encuentre

o permanezca en determinada zona del Imperio simplemente porque las circunstancias históricas así lo aconsejen⁶.

- 6) Roma es generalmente la agresora, atendiendo a los intereses de la política interna antes que a los de una política defensiva. El empuje de los bárbaros depende menos de su propia fuerza que de los problemas del Imperio.
- 7) La amenaza franco-alamana sobre el Rin pudo ser suprimida de raíz si no hubiera existido la constante amenaza persa de la frontera oriental: lo que nos ofrece una aquilatación de la “amenaza bárbara norteña” para Roma.
- 8) Los problemas internos quebrantan más al Imperio, según los autores clásicos, que las agresiones externas. La guerra civil, y no la amenaza bárbara, constituyó el verdadero peligro para el Occidente romano a lo largo de su historia (Wardman, 1984): lo cual no excluye que entre sus consecuencias figurara el incremento de las razzias germanas.

En realidad, el desarrollo de fortificaciones durante la Antigüedad Tardía puede considerarse como un fenómeno histórico poco desarrollado (Johnson 1983: 259) porque las fortificaciones “fronterizas” sirven a Roma para el dominio de la periferia de su mundo, no de las *externae gentes* (lo cual no excluye que, en momentos determinados, cumpla con esa función frente a fenómenos esporádicos o endémicos de bandolerismo), así como se configuran a la manera de sólidas plataformas para el control del interior (Potter, 1991: 2-3); el *limes* es el punto de referencia ideológico para el dominio de ese área periférica. Para el caso de la Galia, durante el siglo III las fortificaciones sirvieron lo mismo para la defensa contra la razzia extraliminar que para la pugna entre rivales por el trono (Johnson, 1983: 74). Es siempre el romano con poder, no el bárbaro, el que suscita el temor en otro romano.

También hemos de recurrir a los registros arqueológicos cuando estudiamos otras manifestaciones de los conflictos bélicos entre romanos y bárbaros. En el terreno del armamento, por ejemplo, son los frutos de las estratigrafías los que nos revelan los usos al respecto. La literatura antigua insiste (Tac., *Germ.*, 6 supone un buen exponente de ello) en el carácter rudimentario del armamento y del equipamiento germanos. Sin embargo, es otra vez el trabajo de campo el que nos orienta: si bien es verdad que los pertrechos guerreros del bárbaro norteño no podían compararse a los de los romanos (Thompson, 1958: 3-4), no deja de ser menos cierto que en ese campo existieron influencias mutuas cuya constatación última nos la ofrece la Arqueología⁷. Tampoco faltó el comercio de armas hacia el norte, gracias al cual los arqueólogos han hallado espadas romanas del siglo IV incluso en Escandinavia (Brogan, 1936: 213-214)⁸. Además, el estudio concreto de determinados pueblos bárbaros de notable protagonismo histórico ha planteado, siempre desde la perspectiva arqueológica, interesantes

planteamientos que añaden datos muy significativos: es el caso de la paradoja apuntada por S. Williams y G. Friell (1994: 95); la que evidencia que los enterramientos godos de la época de su establecimiento en el Vístula se diferencian de los de otros pueblos por la carencia de armamento en los ajuares funerarios, sobre todo teniendo en cuenta la base eminentemente militar de sus líderes. Esto podría decirnos, a las claras, que los godos no eran tan peligrosos para el Imperio Romano en las fechas previas al cruce del Danubio (376). De igual modo, en el ámbito de la guerra no todo consiste en espadas o escudos: los hunos practicaron cultos animistas donde sustancias psicotrópicas, cómo ha demostrado la Arqueología, jugaban un papel especial (Chiappori, 1982-1983: 11 ss.). Los rastreos arqueológicos han demostrado que consumían hongos con propiedades psicotrópicas como la *Amanita muscaria*, que podían ser ingeridos antes de la batalla como motivador de valor, actitudes agresivas y resistencia frente al enemigo (Bussagli, 1982-1983: 24-25).

En cuanto a otra cuestión, la de las destrucciones bárbaras, arqueológicamente resulta bastante complicado discernir quiénes destruyeron un lugar en concreto (Johnson, 1983: 67). Por ejemplo, la Arqueología documenta extensas destrucciones en la línea del Rin para mediados del siglo IV (Crump, 1975: 116): es la época en que Juliano, el futuro Apóstata, actúa como César del emperador Constancio II en esa zona; y según Amiano Marcelino, la principal fuente literaria de este episodio, el joven general devastó sistemáticamente los dominios germanos y no al contrario. Téngase en cuenta, además, que los años correspondientes a lo que teóricamente se ha llamado “invasiones bárbaras” es también, como ya señalamos, un período de abundantes luchas intestinas en el seno del Estado romano. Por otra parte, el bárbaro no tuvo por qué actuar, por sistema, como un elemento destructor. Siguiendo a E. Chrysos, resulta más lógico pensar que contingentes que se desplazan a través de un territorio hostil tienden más a economizar sus energías que a dedicarlas a destrucciones a diestro y siniestro (Chrysos, 1989: 17). Sobre todo teniendo en cuenta que el abastecimiento constituyó el gran lastre de las bandas agresoras.

Para todas las conclusiones anteriores, la evidencia arqueológica resulta inexcusable. Asimismo, es dicha evidencia la que nos ofrece una perspectiva de la unidad típica de asentamiento bárbaro norteño. Generalmente hablamos de aldeas, hábitats que comprenden una configuración fortuita de chozas⁹ o casas largas que, según las secuencias, podían abarcar un área de hasta 10 hectáreas¹⁰. No obstante, otra vez la literatura clásica aporta más confusión que luz sobre el asunto. El rechazo que las *externae gentes* experimentan por el fenómeno urbano se constituyó como otro gran distintivo del bárbaro frente a la civilizada Roma (ya desde los tiempos de Tácito, en que éste señalaba lo inadecuado de las casas de los germanos: *Germ.*, XXVI, 2). Pueblos como los alamanes o los hunos, según Amiano Marcelino, consideraban a las ciudades como sepulcros, y no se atrevían a entrar en ellas (XVI, 2, 12; XXXI, 2, 4). Implícito al rechazo del urbanismo por parte de los extraliminales se halla su condición de

nómadas. El nómada por antonomasia, el escita, vivía en un medio geográfico dominado por la llanura (Hartog, 1979: 1137 y 1142). Así, en *Tac., Germ.*, 14 leemos de los germanos que consideraban honorable el desplazamiento esporádico de las comunidades, sobre todo por motivos bélicos. Además, la geografía del *Barbaricum*, dominada por los bosques, los pantanos, las montañas y, sobre todo, por un clima gélido y lluvioso, visión totalmente opuesta al medio mediterráneo, difícilmente podía incentivar, según el pensamiento grecolatino (*vid.* Guzmán Armario, 1999: 217-227), el urbanismo entre los pueblos del norte. No obstante, incluso los bárbaros construyeron (Todd, 1975: 116), o reocuparon (Laur-Belart, 1949: 55), casas y palacios más allá del *limes*, al modo romano, edificaciones en las que disfrutaban de los bienes que llegaban del Imperio en abundancia (Elton, 1996: 129). El mismo nombre de otro pueblo extralimnario, “burgundios”, se ha puesto en relación con el concepto de *burgus*¹¹. Los límites entre pueblos germanos como alamanes y burgundios aparecen marcados por hitos de piedra, según Amm., XVIII, 2, 15. Esto supone la prueba de su arraigado sedentarismo (Dubois, 1912: 254). Tales manifestaciones de territorialidad sedentaria para delimitar un territorio frente a una amenaza potencial no resultan extrañas a los bárbaros (Matthews, 1989: 309). Ya en *Tac., Ann.*, II, 19, 3; 20, 2 ss., vemos cómo los angrivarios definen su país frente a los queruscos mediante terraplenes lineales. Asimismo, se ha señalado que los grandes *oppida* celtas (Wells, 1976: 15 ss) fueron absorbidos y transformados por Roma en función de su respectivo valor estratégico (Randsborg, 1992: p. 16). Tampoco falta cierto urbanismo incipiente en el seno de pueblos categóricamente nómadas como los hunos (King, 1987[1995]: 88; Lindner, 1981: 10; Harmatta, 1982: 172).

En síntesis, aun admitiendo el fenómeno de invasiones bárbaras del Imperio, éstas no habrían supuesto una degradación del panorama urbano imperial, pues ya la evolución de los pueblos extralimnarios apuntaba hacia una vida plenamente urbana: en el mismo área fronteriza, ciudades como Colonia, Maguncia, Tréveris¹², y más al interior Reims o Tours, conservaron un nivel de vida aceptable en el siglo V. Además, un elevado grado de sedentarismo define a los germanos, tanto por su grado de desarrollo como por aspectos culturales y políticos que así lo propician (Lee, 1993: 26)¹³: el caso de los francos, que en un principio parecen evitar los medios urbanos, ha sido explicado por Musset como un intento de escapar al conflicto con la Iglesia o de evitar ser ahogados por la mayoría romana¹⁴. Ya en las postrimerías de la Antigüedad, un rey “bárbaro” como Teodorico es capaz de desarrollar en Roma y en diversas ciudades italianas como Ravena, Verona, Pavia, Catania, etc., una actividad edilicia y un desarrollo del urbanismo ejemplares (Luiselli, 1994-1995: 80-81; Gatto, 1992-1993: 311 ss).

Y estos datos no nos los ha proporcionado, precisamente, la literatura clásica. Incluso un historiador como Amiano Marcelino, que se cuenta entre los pocos autores latinos que habla de la faceta bélica de los germanos con un mínimo de conocimiento de causa (pues por lo

general los testimonios literarios al respecto se pierden en las generalizaciones), no puede ser considerado como un testimonio fiable cuando se refiere a la frontera. La mayor parte de sus “noticias fronterizas” carecen de constatación arqueológica (Crump, 1975: 120-125). Y eso que él mismo, en algún pasaje de su obra, nos informa que los vestigios materiales jugaron un papel importante a la hora de recabar información para la elaboración de su obra histórica¹⁵.

Desgraciadamente, los estudios de estos aspectos de la frontera desde la perspectiva arqueológica (y ya no nos referimos a monografías puntuales, sino a trabajos de carácter general y propósito de síntesis) no abundan. Hoy por hoy, no existe ninguna obra parecida a la S. Johnson (1983), auténtico manual de los testimonios arqueológicos y monumentales de la “defensa” de la frontera por Roma. Precisamente son este tipo de estudios los que más echan en falta los investigadores de la barbarie antigua. Si algo se puede afirmar de este libro, eso es su magnífica estructura de materias: profundización en las fuentes, estrategias de defensa, política fronteriza tardoantigua, evolución de los diseños arquitectónicos defensivos, análisis de las distintas áreas estratégicas (el Rin, el Danubio, Italia, la Galia, Hispania, el Mar del Norte), con un capítulo aparte para las obras defensivas en las ciudades. Excelentes y abundantes mapas y gráficos completan el esfuerzo de Johnson por cubrir esa eterna laguna arqueológica de la que hemos hablado. Sin embargo, su antigüedad ya roza las tres décadas y, hasta donde sabemos, ni ha sido actualizada ni ha encontrado el adecuado relevo en el debate actual.

De todos modos, la Arqueología no sólo tiene mucho que aportar en el estudio de la guerra fronteriza o del urbanismo: también se revela como fuente de primera magnitud para otra vertiente fundamental en la comprensión de las relaciones romano-barbáricas: el grado de aculturación. Los bárbaros que “invaden” el Imperio se hallaban tan aculturados, y practicaron tanto la fusión con la población provincial, amén de con otros pueblos, que no queda claro donde radica la diferencia. Buena parte de culpa de ello la tuvo el activísimo comercio existente entre Roma y el *Barbaricum*. Los mercaderes romanos fueron, quizás, los primeros de contactaron sistemáticamente con los bárbaros, mucho antes que las propias legiones a las que, por cierto, allanarían el camino (Wells, 1976: 7). Lo más probable es que el comercio con los germanos se diera en las zonas más cercanas al *limes*, encargándose aquellos de llevar los bienes romanos hacia el interior (Wheeler, 1955: 177 ss). Así, en zonas como Bohemia se crearía un eje comercial de considerable importancia a principios del siglo I (Tac., *Ann.*, II, 62, 4; *Hist.*, IV, 15; *vid.* Thompson, 1976: 24-25).

Dada la atracción que los artículos romanos ejercían sobre las poblaciones externas, pronto esa dependencia se utilizaría como instrumento de control según lo atestiguan diversas fuentes clásicas en épocas distintas¹⁶: las ciudades fronterizas se convirtieron en los centros de negocios y redistribución de los bienes entre Roma y los territorios extraliminales (Gaudemet, 1984: 216)¹⁷. En algunos casos concretos, como el de los visigodos asentados en la Dacia, el

comercio suponía un arma tan estratégica para el Imperio que el bloqueo comercial se convertía en un instrumento decisivo a la hora de tenerlos sujetos al poder romano (Thompson, 1966, 34 ss; Burns, 1981: 392)¹⁸. Por ejemplo, la sal, era un elemento vital para los germanos; por ella incluso estaban dispuestos a ir a la guerra (Tac., *Ann.*, 13, 57 ss; *Amm.*, XXVIII, 5, 11), y su comercialización aportaba enormes ingresos a los mercaderes romanos. Tan estratégico resultará este bien para los extraliminales que en el *Digesto* (XXXIX, 4, 11) se llega a prohibir su exportación a los bárbaros.

Algún autor ha otorgado tanta importancia a la dependencia germana de los bienes romanos, que ha explicado el incremento del pillaje de las comunidades transrenanas, en clave de actividad económica y entre las épocas de César y Tácito, como el mecanismo desplegado para obtener recursos (especialmente esclavos) para el comercio con los mercaderes romanos (Thompson, 1976: 27). Así, el bárbaro norteño se nos revela más como una fuente de ingresos para los romanos que a la manera de una amenaza constante. De hecho, no sería de extrañar que campañas como la invasión de Alemania llevada a cabo por Juliano (*Amm.*, XVII, 1, 7) o la realizada por Valentiniano I contra los cuados (XXX, 6, 2), ambas devastadoras, fuesen dirigidas a crear escasez y hambre entre los extraliminales para, mediante esta “guerra económica”, tenerlos sujetos a las directrices romanas (Whittaker, 1994: 222); de paso, también se obtenía un valioso botín para las arcas de la *Urbs*¹⁹.

Directamente relacionado con el comercio entre Roma y el *Barbaricum* se encuentra el tema de los subsidios (pagos en metálico realizados por el Imperio a los grupos bárbaros), que se revela como una constante a lo largo de casi toda la época imperial (*vid.* Gordon, 1949: 60-69). En principio, su principal finalidad consistía en comprar alianzas militares y ayuda bélica frente a un enemigo peligroso, asegurar la no agresión por parte de comunidades extranjeras o crear divisiones internas entre los enemigos del Imperio. En otras palabras: Roma prefería pagar antes que embarcarse en costosas guerras fronterizas. Pero los subsidios trascienden el mero proyecto defensivo para configurarse como una sutil arma de control político: el dinero donado fomentó el uso de moneda dentro de las mismas y les creó nuevas necesidades materiales (O. Brogan, 1936: 221-222), potenciando en última instancia las exportaciones romanas. Roma, y Bizancio a la caída de ésta, tuvieron que “comprar” la paz a las poblaciones bárbaras que presionaban en las fronteras, porque aquélla garantizaba que las lucrativas transacciones comerciales se mantendrían sin contratiempos.

Pero el papel del comercio y de la difusión de la moneda allende los *límities* oficiales también tuvo otro tipo de consecuencias: incrementó la capacidad de patronazgo de los líderes extraliminales y fomentó el proceso de jerarquización de sus sociedades. Se ha convertido en un principio consensuado el aceptar que gracias al contacto intercultural se suele producir la dinamización de las contradicciones y, por ende, los procesos de cambios (Alvar, 1990: 11). Es a través de las aristocracias guerreras de las comunidades bárbaras, enriquecidas por sus

servicios a Roma, que el Imperio puede transmitir sus pautas culturales a los extraliminales, ya se hallen dentro o fuera de sus límites (MacMullen, 1990: 559). El procedimiento resulta sencillo en su planteamiento y complicado en su práctica: acabar con el igualitarismo social dentro de las comunidades extraliminales²⁰, al considerar que la negociación con los bárbaros (y la explotación de los mismos) se llevaría a cabo desde una posición más ventajosa para Roma cuánto mayor fuese el grado de desigualdad en las sociedades norteñas. Así contemplamos cómo, desde los tiempos de César, *“económica y políticamente, por medio del intercambio comercial y de la intervención diplomática, la presión romana aceleró la diferenciación social y la desintegración de los modos de producción comunales en los bosques germánicos. Los pueblos que tenían un contacto más estrecho con el Imperio revelaban también, inevitablemente, las estructuras sociales y económicas avanzadas”* (Anderson, 1980: 107). Frente a las estructuras sociopolíticas comunitarias de tiempos de la República²¹, los germanos asisten al desarrollo de aristocracias hereditarias con riquezas acumuladas que, progresivamente, van neutralizando a la asamblea de guerreros libres: surgen linajes dinásticos de carácter casi monárquico que acaban con la electividad de los cargos de mando y se llega a una autoridad coactiva institucionalizada. Para E.A. Thompson, sería la ambición de los bienes romanos lo que llevaría a los caudillos germanos a acentuar la propiedad privada del suelo y de los productos resultantes, proceso que se acentuaría con el desarrollo de las técnicas agrícolas y el aumento de la productividad (algo que aún no se alcanzaría en tiempos de Tácito: *vid. Germ.*, XXVI, 1; Thompson, 1976, 28 ss). Para autores como Anderson y Burns, incluso, fue la intervención de Roma en los asuntos de los extraliminales lo que provocó las supuestas invasiones²². Creo que, al respecto, ya se ha demostrado suficientemente que antes que “invasión” el término más adecuado es “razzia” o, de modo más general, “agresión” de radio bastante limitado con unos fines muy puntuales (botín).

No obstante, el proceso de aculturación no fue unidireccional, de Roma hacia los bárbaros, sino que admitió un feed-back cuya resultante fue una pujante “moda danubiana” en el Imperio, entre finales del siglo IV y mediados del V, basada en elementos germánicos, alanosármatas, hunos y grecorromanos, de evidente constatación arqueológica (*vid. Pérez Rodríguez-Aragón, 1997: 629-647*).

En cualquier caso, ya hablemos de evidencias materiales de la guerra, de urbanismo fronterizo, de comercio y difusión de la moneda o del complejo fenómeno de la aculturación, no podemos perder de vista que aunque las fuentes literarias nos informen, con mayor o menor profusión, sobre estos temas, es siempre el vestigio tangible el que se presta a una interpretación más objetiva. Así, según Sdnodgrass (1986: 151):

“Los restos físicos, al menos en el momento de su descubrimiento, nos aproximan a una realidad histórica que nunca podríamos conocer por otro medio. Ellos representan lo que

determinados individuos alguna vez hicieron, no lo que un escritor contemporáneo o posterior asegura que hicieron”.

El mismo autor nos señala las ventajas del testimonio arqueológico incluido en un contexto histórico: independencia, carácter explícito, naturaleza experimental e ilimitada potencialidad para futuras extensiones (Schnodgrass, 1986: 149). Tales virtudes encuentran una perfecta acogida en el estudio de la Historia Antigua, en la que no el investigador no ha de conformarse con la subordinación a las fuentes del pasado para intentar verlo como los antiguos lo vieron (Bravo, 1985: 36).

El concepto de *limes* es uno de esos temas de la Historia Antigua que, basados en una “documentación lacónica”, se prestan a multitud de hipótesis (Bravo, 1985: 30). De la misma forma que el cliché de las migraciones bárbaras ha sido sobrevalorado, así como la importancia de los accidentes naturales como fronteras políticas del Imperio Romano, hay que superar el obstáculo de una frontera lineal para el concepto de *limes*: idea que deriva de reacciones retóricas, afines al poder, frente a problemas de Roma, a modo de separación entre los acosados (romanos) y los que acosan (bárbaros)²³. Admitámoslo: el concepto de una Roma asesinada se ha sobredimensionado, sin tener en cuenta el registro arqueológico, el cual es mal interpretado en ocasiones: y resulta crucial asignar dataciones precisas para las construcciones defensivas si queremos comprender la supuesta “política defensiva” romana (Johnson, 1983: 55)²⁴. De lo contrario, corremos el riesgo de formular afirmaciones radicales como la de A. Ferril (1989: 103) acerca del famoso cruce del Rin del 406 por vándalos, alanos y suevos (“*Virtualmente, de la noche a la mañana se había perdido la mayor parte de la Galia*”): ideas que demuestran un endeble conocimiento de los procesos de cambios históricos.

Estamos de acuerdo con que “en historia antigua la “teoría” es inseparable de los “hechos” que le sirven de base” (Bravo, 1985: 40). La teoría, extraída generalmente de la literatura clásica, ha de contrastarse, necesariamente si queremos hablar de resultados científicos, y en plano de igualdad, con los datos que nos aporta la Arqueología (los “hechos”) y viceversa²⁵. Bien es cierto que el registro arqueológico no ha podido documentar suficientemente la huella de pueblos bárbaros que incluso llegaron a fundar Estados, como es el caso de los vándalos. Pero mientras que los documentos literarios, desgraciadamente, no van a multiplicarse (por más que se les pueda someter a nuevas y fructíferas interpretaciones), en el terreno de la Arqueología estamos lejos de pronunciar la última palabra.

La queja que lanzara Musset, hace décadas, sigue teniendo vigencia: en el campo de las relaciones romanobarbáricas hemos desechado las vitales contribuciones de la Arqueología (1967: 180). Hasta que no seamos plenamente conscientes de esta traba no podremos abordar con claridad cuestiones fundamentales, como son la colaboración de los provinciales con los “invasores” (Thompson, 1981, 348) o el papel de las contradicciones sociales del mundo

romano, que acabaron en un “terror institucionalizado” (Wells, 1986: 253), en la disgregación del mismo. Hablamos, pues, del poder de los límites, no de los límites del poder. En general, y hasta que no pongamos medios para solucionar estas carencias, seguirá planeando aquella amarga frase del maestro Momigliano (1980: 16): “*La storia antica è favorevole campo per i ciarlatani*”.

2. Bibliografía:

- ALFÖLDY, G., 1983: “La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico”, *Gerión*, I, pp. 39-61.
- ALVAR, J., 1990: “El contacto intercultural en los procesos de cambio”, *Gerión*, 8, pp. 11-27.
- ANDERSON, P., 1980: *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, Madrid.
- BENDIX, J., 1994: “C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire. A social and economic study*”, rec., *Bryn Mawr Classical Review*, pp. 1-3.
- BRAVO, G., 1985: “Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones técnicas en torno a un modelo-patrón de investigación”, *Gerión*, 3, pp. 19-41.
- BROGAN, O., 1936: “Trade between the Roman Empire and the Free Germans”, *Journal of Roman Studies*, 26, pp. 195-222.
- BUCK, D.F., 1994: “*Information and Frontiers. Roman foreign relations in Late Antiquity*, Cambridge, 1993”, rec., *Bryn Mawr Classical Review*, pp. 1-4.
- BURNS, T.S., 1981: “The Germans and Roman frontier policy (ca. AD 350-378)”, *Acta Archaeologica*, 32, pp. 390-404.
- BUSSAGLI, M., 1982-1983: “Riflessioni sul valore sacro del fungo”, *Romanobarbarica*, 7, pp. 23-32.
- CAMERON, Av. 1998: *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía*, Barcelona.
- CRUMP, G.A., 1975: *Ammianus Marcellinus as a military historian*, Wiesbaden.
- CUNLIFFE, B., 1988: *Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of interaction*, London.
- CHIAPPORI, M.G., 1982-1983: “Riflessioni su un insieme di documenti Unno-Sarmatici in relazione alla penetrazione Unna nell’Europa del IV-V secolo”, *Romanobarbarica*, 7, pp. 5-22.
- CHRYSOS, E., 1989: “Legal concepts and patterns for the Barbarians’ settlement on Roman soil”, en Chrysos, E., Schwarcz, A., eds., *Das Reich und die Barbaren*, Wien; Köln, pp. 13-23.
- DRINKWATER, J.F., 1996: “The “Germanic threath of the Rhine frontier”; “A Romano-Gallic artefact”, en *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, pp. 20-30.
- DRINKWATER, J.F., 1998: “Julian and the Franks and Valentinian I and the Alammani: Ammianus on Romano-German relations”, *Francia*, 24, pp. 1-15.

- DRINKWATER, J.F., 1999: "Ammianus, Valentinian and the Rhine Germans", en J.W. Drijvers, D. Hunt, eds., *The Late Roman World and its Historian. Interpreting Ammianus Marcellinus*, London and New York, pp. 127-138.
- DUBOIS, Ch., 1912: "Observations sur l'état et le nombre des populations Germaniques dans la seconde moitié du IV^e siècle d'après Ammien Marcellin", *Melanges Cagnat*, Paris, pp. 247-267.
- ELTON, H.W., 1996: "Defining Romans, Barbarians and the Roman frontier", en *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, pp. 126-135.
- ENJUTO SÁNCHEZ, B., 1998: "Juliano y su lucha contra la alteridad bárbara germana", *Studia Historica Historia Antigua*, 16, pp. 233-246.
- FERNÁNDEZ UBIÑA, J., 1982: *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid.
- FERRIL, A., 1989: *La caída del Imperio Romano: las causas militares*, Madrid.
- GABBA, E., 1981: "True history and false history in Classical antiquity", *Journal of Roman Studies*, 71, pp. 50-62.
- GATTO, L. 1992-1993: "Ancora sull'edilizia e l'urbanistica nella Roma di Teoderico", *Romanobarbarica*, 12, pp. 311-380.
- GAUDEMET, J., 1984: "L'étranger au Bas-Empire", en *L'Etranger*. Recueils de la Société Jean Bodin pour l'Histoire Comparative des Institutions, IX, vol. I, Paris, pp. 209-235.
- GOFFART, W., 1980: *Barbarians and Romans, AD 418-584. The techniques of Accommodation*, Princeton.
- GOFFART, W., 1989: "The theme of "The Barbarian Invasions" in late antique and modern historiography", en *Das Reich und die Barbaren*, Chrysos, E., Schwarcz, A., eds., Wien-Köln, pp. 89-107.
- GORDON, C.D., 1949: "Subsidies and diplomacy in Roman imperial defence", *Phoenix*, III, 2, pp. 60-69.
- GUZMÁN ARMARIO, F.J., 1999: "*Ammianus adversus externa gentes*: la geografía del *Barbaricum* en Amiano Marcelino", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II Historia Antigua*, 12, pp. 217-227.
- HARMATTA, J., 1982: "La sociedad de los hunos en tiempos de Atila", en *Estado y lucha de clases en las sociedades antiguas*, AA.VV., Madrid, pp. 129-176.
- HARTOG, H., "Les Scythes imaginaires: espace et nomadisme", *Annales E.S.C.*, 6, pp. 1137-1154.
- JOHNSON, S., 1983: *Late Roman Fortifications*, London.
- JONES, A.H.M., 1964: *The Later Roman Empire*, Cambridge.
- KING, C., 1978 (1995): "The veracity of Ammianus Marcellinus' description of the Huns", *American Journal of Ancient History*, 12 (1987), pp. 77-95.
- KOLENDO, J., 1981: "Les influences de Rome sur les peuples de l'Europe centrale habitant

- loin des frontières de l'Empire", *Klio*, 63, 2, pp. 435-472.
- LANA, I., 1990: *La storiografia latina del IV secolo dC.*, Torino.
- LAUR-BELART, R., 1949: "The late *limes* from Basel to Lake Constance", en *The Congress of Roman Frontier Studies*, Ed. E. Birley, Durham, pp. 55-67.
- LEE, A.D., 1993: *Information and frontiers. Roman foreign relations in Late Antiquity*, Cambridge.
- LINDNER, R.P., 1981: "Nomadism, horses and Huns", *Past and Present*, 92, pp. 3-19.
- LUISELLI, B., 1984-1985: "L'idea romana dei Barbari nell'età delle grandi invasioni germaniche", *Romanobarbarica*, 8, pp. 33-61.
- LUISELLI, B., 1994-1995: "Teoderico e gli Ostrogoti: tra romanizzazione e nazionalismo gotico", *Romanobarbarica*, 13, pp. 75-98.
- LUTTWAK, E.N., 1993: *La grande strategia dell'Impero Romano. L'apparato militare come forza di dissuasione*, Milano.
- MACMULLEN, R., 1984: "The Roman emperor's army costs", *Latomus*, 43, 3, pp. 571-580.
- MACMULLEN, R., 1990: "Barbarian enclaves in the northern Roman Empire", en su *Changes in the Roman Empire*, Princeton, pp. 49-55.
- MATTHEWS, J.F., 1989: *The Roman Empire of Ammianus*, London.
- MILLER, D.H., 1996: "Frontier Societies and the transition between Late Antiquity and the Early Middle Ages", en *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, pp. 158-171.
- MOMIGLIANO, A., 1980: "Le regole del giuoco nello studio della storia antica", en *Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, pp. 13-21.
- MUSSET, L., 1967: *Las Invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., 1997: "Elementos de tipo bárbaro oriental y danubiano de época bajoimperial en Hispania", en *LA HISPANIA DE TEODOSIO*, Segovia, vol. II, pp. 629-647.
- PETRIKOVITS, H.V., 1971: "Fortifications in the North-Western Roman Empire from the third to the fifth centuries A.D.", *Journal of Roman Studies*, 61, pp.178-218.
- POTTER, D.S., 1991: "B. Isaac, *The limits of Empire: The Roman Army in the East*, Oxford, 1990", rec. *Bryn Mawr Classical Review*, pp. 1-14.
- RANDBORG, K., 1992: "Barbarians, Classical Antiquity and the Rise of Western Europe: an archeological essay", *Past and Present*, 137, pp. 8-24.
- RIESTRA RODRÍGUEZ, J.L., 1978: "La idea del Estado Universal en C.C.Tácito", *Hispania Antiqua*, VIII, pp. 215-227.
- SCARDIGLI, B. y P., 1976: "I rapporti fra Goti e Romani nell III e IV secolo", *Romanobarbarica*, pp. 261-295.
- SCHÖNBERGER, H., 1969: "The Roman Frontier in Germany: an Archaeological Survey", *Journal of Roman Studies*, 59, pp. 144-197.

- SIMONETTI, M., 1980: "L'incidenza dell'arianesimo nel rapporto fra Romani e Barbari", en *Passaggio dal Mondo Antico al Medio Evo da Teodosio a San Gregorio Magno*, Roma, pp. 297-323.
- SNODGRASS, A., 1986: "Arqueología", en M. Crawford (ed.), *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid, pp. 149-196.
- THOMPSON, E.A., 1958: "Early Germanic warfare", *Past and Present*, 14, pp. 2-29.
- THOMPSON, E.A., 1963: "The Visigoths from Fritigern to Euric", *Historia*, 12, pp. 105-126.
- THOMPSON, E.A., 1966: *The Visigoths in the time of Ulfila*, Oxford.
- THOMPSON, E.A., 1976: *Una cultura barbarica: I Germani*, Roma-Bari.
- THOMPSON, E.A., 1981: "Revueltas campesinas en la Galia e Hispania tardorromanas", en *Estudios sobre Historia Antigua*, M. Finley ed., Madrid, pp. 333-348.
- TODD, M., 1975: *The Northern Barbarians, 100 BC-300 AD*, Oxford.
- WARDMAN, A.D., 1984: "Usurpers and internal conflicts in the 4th century A.D.", *Historia*, XXXIII, 2, pp. 220-237.
- WEBER, M., "La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales", en Bloch, H., *et alii*, *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, pp. 35-57.
- WELLS, C.M., 1976: *The German policy of Augustus*, Oxford.
- WELLS, C.M., 1986: *El Imperio Romano*, Madrid.
- WHEELER, R.E.M., 1955: *Rome Beyond the Imperial Frontiers*, London.
- WHITTAKER, C.R., 1994: *Frontiers of the Roman Empire. A social and economic study*, Baltimore.
- WILLIAMS, S., FRIELL, G., 1994: *Theodosius: the Empire at bay*, London.

3. Relación de fuentes clásicas citadas:

- AMIANO MARCELINO, *Ammiani Marcellini Rerum Gestarum Libri qui supersunt*, ed. W. Seyfarth, Leipzig, Teubner, 1978, *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, 2 v.
- DIGESTO, "El Digesto de Justiniano"; versión castellana por A. D'Ors et al., Pamplona : Aranzadi, 1968-1975; 3 v.
- DIÓN CASIO, "Dio's Roman History", with an English translation by Earnest Cary, London, W. Heinemann et al. ed., 1969-1970, Loeb Classical Library ; 32 ; 37 ; 53 ; 66 ; 82; 177.
- TÁCITO, *Libri qui supersunt*, ed. H. Heubner, Stuttgart, Teubner, 1970-1983, *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, 3 v.

4. Notas:

- ¹ Vid. Momigliano, 1980: 14-15, sobre la labor historiográfica antigua basada en la observación directa (Tucidides, Polibio...) y su falta de garantías para nosotros (manipulación de lo observado, defectos de la transmisión textual...); vid. también Gabba, 1981.
- ² A. Snodgrass, 1986: 182-183: "*La prospección tiene, por su propia naturaleza, más probabilidades de ayudar al conocimiento de los asentamientos rurales por oposición a los urbanos, mientras que las fuentes documentales se inclinan hacia la dirección contraria, por cuanto de hecho emanan de la ciudad antigua y porque fundamentalmente reflejan las obras y gustos de ésta*".
- ³ Buck, 1994: 3-4: "*This book is a comprehensive and consistent study whose conclusions, though not revolutionary, do help to elucidate the different problems which the Roman Empire faced in its dealings with Persia and barbaricum, and its different succes in doing so. Indeed, it offers a sensible and up-to-date treatment of many aspects of late Roman and early Byzantium. In essence, however, the book is about Roman military intelligence, rather than foreign relations*"; vid. también la recensión de Bendix, 1994:1-3.
- ⁴ Idca, por otra parte, ya defendida por Schönberger, 1969.
- ⁵ Luttwak, 1993: 214; las comillas son nuestras.
- ⁶ Drinkwater, 1996: 26, n. 29, señala las siguientes campañas contra francos y alamanes, desde la Tetrarquía hasta Honorio, que se atienen a tales propósitos. Por *razones de prestigio militar*, tendríamos las guerras contra los francos de Maximiano (286, ¿287?), Constantino (306), Crispo (319-320), Constantino II (328-329), Constante (341-342), Juliano (357-358, 360), Valentiniano II (388), Eugenio (392-393) y Honorio (395-396) y contra los alamanes de Maximiano (287), Juliano (357-360), Valentiniano I (368) y Graciano (378); por *razones de mantenimiento del ejército en una situación de actividad*, contra los francos lucharon Constantino (306; 313), Constante (341-342), Juliano (358-360), Eugenio (392-393) y Honorio (395-396) y contra los alamanes, Valentiniano I (364-366); por *razones de conveniencia de permanecer en la frontera*, combatió a los francos Constantino (306, 310, 313) y a los alamanes, Juliano (359), Valentiniano I (365-366) y Graciano (379).
- ⁷ Vid. un completo análisis del armamento germano en Todd, 1975: 142 ss; en p. 155 afirma que los germanos no comenzaron a copiar las armas romanas hasta finales del siglo II dC.
- ⁸ Finalmente, este tipo de comercio será prohibido; vid. *Cod.Iust.*, 4, 41, 2.
- ⁹ Enjoto Sánchez, 1998: 237; de hecho, un tipo iconográfico de las monedas de época de Constante y Constancio II (346-350) es aquél en el que el emperador aparece sacando de su choza al enemigo bárbaro, en todo un acto simbólico de civilización de las *externae gentes*.
- ¹⁰ Lee, 1993: 26-27: en comparación, los asentamientos del curso medio del Éufrates alcanzaban hasta 200 has. de extensión.
- ¹¹ Hipótesis bastante desafortunada para Matthews, 1989: 310, n. 11.
- ¹² Musset, 1967: 186: "*Este limes era, por razones militares, como una calle de ciudades*".
- ¹³ Ch. Dubois, 1912: 253: la confianza en las defensas naturales y la negativa a abandonar el suelo de sus ancestros respectivamente; Goffart, 1989: 90, critica a autores como E. Demougeot, que siempre contemplan a los germanos como grupos móviles frente al Estado sedentario que representa Roma.
- ¹⁴ Musset, 1967: 125 y 186-187: por esa razón se evitarían las grandes metrópolis y se ocuparían ciudades secundarias.
- ¹⁵ Amm., *Res gestae*, XV, 9, 6: "*Quod etiam nos legimus in monumentis eorum incisum*".
- ¹⁶ Tac., *Germ.*, 41; *Hist.*, IV, 64; LXIV-LXV; Dio.Cass., LXX, 15; *CTh.*, IV, 63, 2; 41, 1; para la

Antigüedad Tardía, *vid.* Kolendo, 1981: 460 ss.

¹⁷. Whittaker, 1994: 223: existía una afinidad comercial, y tal vez cultural, entre las élites bárbaras y las ciudades y campos romanos de la frontera.

¹⁸. Cunliffe, 1988: 187-188, destaca la importancia que tuvo la demanda de bienes de prestigio en las culturas de Europa central, llegando a causar, incluso, migraciones hacia el sur.

¹⁹. Riestra Rodríguez, 1978: 218: “*El Imperio Romano, como Estado Universal, es relativo; su Universalidad radica en cuanto que es dominador del contorno geográfico de su cultura, dominación que le da en gran parte su hegemonía económica. Lo religioso, lo místico, la culturización de las zonas de conquista, no son más que un velo que intenta cubrir la idea primogénita de la creación de una superestructura económica*”.

²⁰. Simonetti, 1980: 370, considera que las migraciones, los conflictos con los romanos y su establecimiento en el Imperio, fueron hitos decisivos en la alteración del igualitarismo godo, favoreciendo la polarización social y la conversión; Thompson, 1963: 117, insiste en la rapidez de estos cambios.

²¹. B. y P. Scardigli, 1976: 273: una de las estructuras sociales que cambiarían sería la “familia extensa” por una familia más pequeña que facilitan el proceso de concentración de poder y una sociedad más jerarquizada.

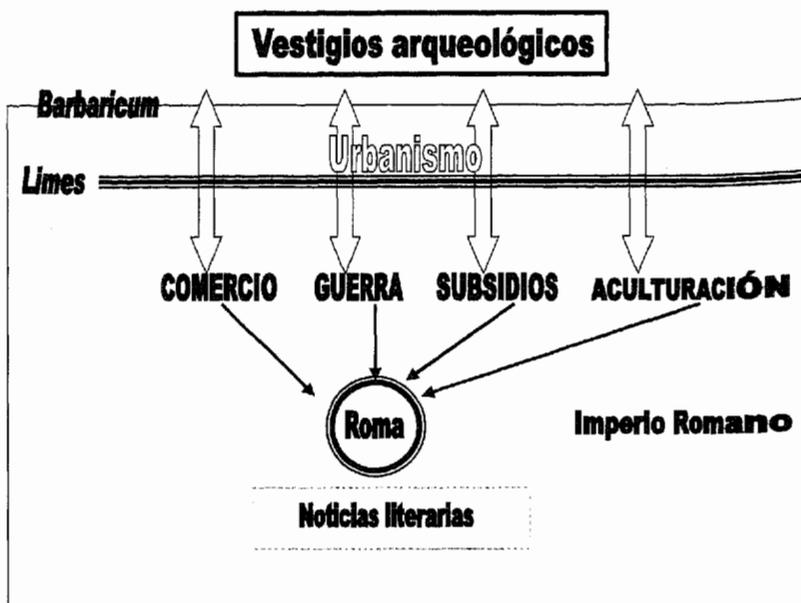
²². Anderson, 1980: 107-108: “*Cuanto más perduraba el poder romano más tendía el poder de su influjo y de su ejemplo a arrastrar a las tribus situadas en la frontera hacia una mayor diferenciación social y hacia niveles más altos de organización política y militar. A partir de la época de Marco Aurelio, los sucesivos aumentos de la presión bárbara sobre el Imperio no fueron rachas fortuitas de mala suerte de Roma, sino que en buena medida fueron las consecuencias estructurales de su propia existencia y de su triunfo. Los lentos cambios provocados en su entorno exterior, por imitación e intervención, se harían acumulativos: el peligro de las fronteras germanas creció a medida que la civilización romana las transformaba gradualmente*”; T.S. Burns, 198: 398-399: todas las medidas de contención del bárbaro forzaron la cohesión entre las comunidades extraliminales, lo que llevó a la invasión masiva del Imperio por las confederaciones bárbaras.

²³. Miller, 1996: 161, n. 15: “*When a militaristic society is expanding, it will tend to see its frontier-zone as amorphous, with an ongoing potential for further expansion outward, whereas once that society comes to think of itself as having reached some limit, or, comes even to see itself as skirting it will tend to see its frontier as a defensive line*”; Miller se plantea que si asumimos esto, forjamos la idea de una separación radical entre civilización y salvajismo, y sólo se contemplará a los pueblos translimitánicos como invasores y bandoleros.

²⁴. Petrikovits, 1971: 184: mucho material arqueológico suele atribuirse, sin demasiado criterio, a célebres y enérgicos emperadores como Diocleciano o Valentiniano I.

²⁵. A. Snodgrass, 1986: 193: “*Se da la necesidad de que arqueólogos e historiadores muestren cualidades comunes en el tratamiento de sus respectivas disciplinas, al objeto de lograr que el testimonio arqueológico represente algo verdaderamente efectivo para el conocimiento de la historia; o, en otras palabras, lo que importa es que se entiendan cuáles son los problemas a los que, animadas por un propósito común, ambas disciplinas se enfrentan, así como las características que distinguen claramente a los testimonios de cada una de ellas; y, sobre todo, que lo que interesa es que se interprete con la mayor amplitud la índole de la investigación histórica*”.

5. Gráfico:



Este gráfico sintetiza las ideas expresadas en el presente artículo. Arqueológicamente, son cinco las principales manifestaciones que se pueden documentar en las relaciones fronterizas entre Roma y el *Barbaricum*: comercio, guerra, subsidios, aculturación y urbanismo. Este último se destacaría de los anteriores en cuanto que no se da un feed-back tan importante: existía un urbanismo bárbaro antes de la intervención del Estado romano. Asimismo, los resultados de estas relaciones influyen en la propia evolución histórica del Imperio, el cual no se limita a la teórica frontera oficial: un convencionalismo para el control interior antes que para la defensa frente al exterior. Dentro de esta argumentación, los documentos arqueológicos (resaltados en la imagen), testimoniados sobre el terreno, resultan más objetivos que las noticias literarias, emanadas de los centros de poder y afectadas de una parcialidad notable que sólo puede subsanarse a través de la atinada interpretación de las estratigrafías. De cualquier modo, la investigación histórica de la frontera ha de contar, necesariamente, con la conjugación de ambos tipos de fuentes: otra práctica resultaría incompleta.